

# Gotemburgo,

# Destino Final.

## Diario de un exiliado boliviano

# Mauricio Aira

Con la participación de:

## Winston Estremadoiro

Un libro electrónico de:



Noticias  
**bolivianas**  
.com

---

# Contenido

Avant propos . . . . .	1
Prólogo . . . . .	2
Capítulo Primero . . . . .	4
Del Palacio Presidencial a la casa de seguridad . . . . .	5
22 presos en 10 metros cuadrados . . . . .	6
Radiografía de los represores . . . . .	7
Fetidez, arengas y soliloquios . . . . .	9
Entre amigos pilatunos y buenos samaritanos . . . . .	11
Saudades de Bolivia . . . . .	12

---

*LA DENOMINADA  
DOCTRINA DE LA SEGURIDAD NACIONAL  
¿ES MORAL, ES HUMANA, ES CRISTIANA?*

*EN HOMENAJE A LAS NACIONES UNIDAS, CUYO COMISIONADO PARA LOS  
REFUGIADOS HA SALVADO LA VIDA DE TANTOS HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS  
DE MANOS DE LAS DICTADURAS MILITARES.*

*A LOS MILES DE EXILIADOS BOLIVIANOS QUE SOPORTARON UNA  
EXISTENCIA DIFERENTE LEJOS DE LA PATRIA.*

En Cochabamba, La Paz, Buenos Aires y en Madrid recogí los recuerdos de ciento ochenta días. Entre la incomunicación en una casa de seguridad del dictador García Mesa, luego el exilio y la soledad en Argentina y, finalmente, el vuelo a Río de Janeiro donde me reuní con esposa e hijos para seguir viaje a Frankfurt y Hamburgo, a Ronneby y finalmente a Gotemburgo en el reino de Suecia.

Esos apuntes dispersos se transformaron en un libro luego de que hace unos meses los pusiera en manos de mi entrañable amigo Winston Estremadoiro, quien con una laboriosidad incomparable editó y depuró mis notas, dándoles forma y ubicando cada acontecimiento en un contexto lógico.

El resultado es un libro a dos manos que ofrezco a mi esposa Jenny Dabura, a mis hijos María del Rosario, América, María Luisa, Arturo, Mauricio y Joaquín y a cada uno de mis nietos: Sandra, Valentina, Vanessa y Josefina, Christofer, Johannes y Leonardo. Fuera este la respuesta a una pregunta casi cotidiana: '¿Papi, por qué estamos en Suecia?'

Este libro no habría podido publicarse sin el extraordinario apoyo y permanente estímulo de Karim Boudjema, cuyo contagioso entusiasmo acompañó incansable, nuestras iniciativas.

*El Autor*

---

# Avant propos

Madrid, noviembre de 1989.

Hijo mío:

Te he visto cavilar, con la cabeza gacha, apenas has querido conversar. Sé que sufres, que el destierro que tu padre padece, lejos de la Patria, de los amigos, del cálido ambiente que allí nos rodeaba, nos provoca dolor. Sé que, a veces, te sientes inmensamente solo, como en una isla desierta y abandonada. La infranqueable barrera del idioma te rodea cual un alto muro, frío e insensible, que no deja lugar a ninguna aproximación humana. Y cuánta necesidad tienes de la amistad, de la camaradería, del compañerismo, que aquí en el exilio no aparecen frecuentemente. Lo mismo me pasa a mí, que soy tu padre, pero, a diferencia tuya, yo he vivido lo mío. Puedo ahora refugiarme en mis libros, en mis lecturas, cosa, que aún tu no puedes hacer. Debes saber que yo sufro por tí, que, a veces, no sé si hago bien en prolongar voluntariamente este exilio, en reteneros mayor tiempo aquí. Más pienso en la bondad de Dios, que del mal saca siempre el bien. Algún provecho ha de venir de este largo destierro.

No te desanimes, hijo mío!. No hagas madurar en tí el resentimiento. Levanta el ánimo y supera tu encierro. Reza que hay un Amigo que siempre nos comprende, que no nos abandona y permanece con nosotros en todas las circunstancias.

El es un verdadero Amigo, pues dio su propia vida por los suyos y tú y yo sabemos que no hay amor más grande que del que da la vida por los que ama.

Pídele la gracia de ser amigo suyo, sincero y leal, lo cual es harto difícil y entonces tu, como yo podremos superar esta terrible pena de estar incrustados en una realidad que no nos pertenece. Sólo así, con una visión cristiana del destierro podremos caminar por el desierto los "cuarenta años que nos separan de la casa del Padre" alimentándonos del maná de su invariable amistad.

Estas palabras de oro que encontramos en las Sagradas Escrituras parecen inspiradas para ti, para mí, para todos cuantos padecemos este castigo del exilio obligado:

**Los visitaré y cumpliré la promesa de hacerlos volver a la Patria. (Jeremías: 29, 70)**

**Todo hombre tiene derecho a la libertad de movimiento y de residencia dentro de la comunidad política de la cual es ciudadano . Juan XXIII**

**Nuestro Señor en su niñez fué un refugiado obligado a huir del odio que se había desatado y de la persecución que el poderoso de entonces, el Rey Herodes, había impuesto. Jesús y su familia tuvieron que abandonar Judea y refugiarse en un país extraño hasta que el tirano hubo muerto. Juan Pablo II**

**El exilio es una grave violación de la vida en sociedad, en oposición flagrante con la Declaración de los Derechos Humanos. El hombre no debe ser privado del derecho fundamental de vivir y de respirar en la Patria que lo vio nacer, allí, donde conserva los más entrañables recuerdos de la infancia, la tumba de sus antepasados, la cultura que le confiere identidad espiritual, las tradiciones que le dan alegría de vivir y el conjunto de relaciones humanas que lo sostienen y protegen. Roma, 31.01.1982.**

Inspirado en estas reflexiones, he querido anotar algunas líneas que servirán para que expliques a tus hermanos, a tus hijos y a los hijos de tus hijos el porqué nos obligaron a abandonar la Patria que tanto amamos.

Tu padre.

---

# Prólogo

"El paterno amor con que Dios nos mueve a amar a todos los hombres, nos hace sentir una profunda aflicción ante el infortunio de quienes se ven expulsados de su Patria por motivos políticos. La multitud de exiliados, en nuestra época, se ve acompañada de manera constante por muchos e increíbles dolores" (Artículo 103 de la Encíclica *Pacem In Terris*, de Juan XXIII) El enunciado anterior se aplica con elocuente experiencia a miles de compatriotas bolivianos que eligieron o fueron obligados a elegir el camino del ostracismo durante la negra noche de la dictadura "garcíamezista".

Mauricio Aira Flores, un acucioso informador, relata en forma novelada con patética vivencia en lo que le tocó vivir, en su cuota parte, el drama colectivo que le cupo vivir al pueblo de Bolivia. Como afirma el autor, se trata de una "sencilla historia, una de entre varios testimonios de bolivianos que fueron expulsados, sin otra alternativa que elegir, a los países de Europa". Fueron compelidos a buscar un lugar circunstancial donde poder vivir en libertad, con decoro y dignidad. Mantuvieron el pensamiento puesto en el retorno a la Patria, para restituir el proceso democrático quebrado por la sinrazón de las armas, el poder omnímodo de la fuerza de un régimen autoritario que a título de "reconstrucción nacional" sumió en la desesperación y el terror a todo un pueblo amante de su libertad.

Sin embargo como lo afirmó el Libertador Simón Bolívar en 1829, existe una recompensa para quienes practican la libertad que no consiste en otra cosa que en "la administración de la justicia y en el cumplimiento de las leyes para que el justo y el débil no teman".

El testimonio de Mauricio Aira en su obra *Destino Final Gotemburgo*, es una reflexión profundamente humana frente al siniestro hecho de nuestra historia contemporánea, con su secuela de deshumanización extrema donde infortunadamente nadie se salvó de la catástrofe en la que un grupo de uniformados llevó al borde del abismo a nuestra querida Patria.

Porque, como afirma el polígrafo Agustín Aspiazú "hay más honra en los vencidos por una causa justa que en los vencedores que luchan por la esclavitud de los pueblos".

El libro de Aira Flores es una suerte de combinación entre el relato personal de su protagonista en Buenos Aires para conseguir el tratamiento de refugiado político en el Reino de Suecia, con los sucesos del 17 de julio de 1980 en Bolivia y los meses posteriores.

Es, además, la demostración pragmática que se cumple, gracias a Dios, el artículo 14 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos que reza: "en caso de persecución toda persona tiene derecho a buscar asilo y a disfrutar de él en cualquier país que se lo ofrezca".

Claro está que no se trata precisamente de un disfrute, sino más bien de una prueba tangible de solidaridad coyuntural hacia quienes se vieron obligados a abandonar Bolivia, o como en el caso presente fueron simplemente transplantados desde Bolivia a Gotemburgo, muchos de ellos seguidos por sus seres queridos, otros completamente solos.

Se trata del drama de los refugiados, de las vicisitudes que tuvieron que pasar para reunirse con sus hijos y esposas. Con la fe y la esperanza nunca perdidas y tan explícita y dramáticamente mencionadas en las cartas familiares con palabras sencillas, "palabras con alas y color" como diría José Martí.

La solidaridad universal y americanista expuesta en la Asamblea General de las Naciones Unidas en favor de los exiliados y refugiados políticos fue el punto determinante para lograr que varios miles de latinoamericanos, varios cientos de bolivianos pudieran vivir temporalmente en países europeos, donde recibieron un trato humano y digno.

Entretanto, en Bolivia, la resistencia al ignominioso régimen dictatorial fue incesante, sacrificada y gloriosa. Nuestro homenaje a todos los que lucharon para derrocar al gobierno de facto de la vergüenza nacional.

---

Que el testimonio de Mauricio Aira, uno de entre seguramente varios cientos tal vez mayormente dramáticos, permita desterrar de Bolivia, de la América Latina y del mundo las prácticas reeditadas del fascismo. Que como lo señalaron en Puebla los Obispos Latinoamericanos, la Iglesia Católica siga haciendo escuchar su voz, denunciando y condenando los abusos de poder típicos de los regímenes de fuerza, la angustia por la represión sistemática o selectiva, acompañada de la delación, de la violación de la privacidad individual y familiar, de los apremios desproporcionados, de las torturas, del exilio, del dolor de tantas familias por la desaparición de sus seres queridos y de tantas formas de violación de los derechos humanos irrenunciables.

Dios quiera que en el futuro se cumpla aquello que estableció en 1948 el Artículo 9 de la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas: **"Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado"**

Gotemburgo, Destino Final tiene ese contenido. El juicio queda sin embargo, librado al mejor criterio de nuestros estimados lectores.

Gonzalo Vizcarra Pando.

---

# Capítulo Primero

---

## Del Palacio Presidencial a la casa de seguridad

En la ciudad de La Paz, en una casa de la Avenida Arce frente a la Embajada de Brasil, a la una y quince de un lluvioso viernes seis de febrero de 1981, me encontraba reunido con la familia en la mesa del almuerzo, cuando la sirvienta anunció con su particular sintaxis:

- Dos jóvenes lo buscan al caballero -dijo- con él siempre quieren hablar-añadió.

Salí a la verja que daba a la calle, enfrentándome a dos soldados, arquetípicos campesinos indígenas uniformados del ejército boliviano:

-Somos del Servicio de Seguridad de Palacio y mi General quiere hablar con usted, dijo uno.

-Pero yo acabo de llegar, tengo que almorzar.

-No importa, señor Aira, le vamos a esperar.

Llovía copiosamente cuando media hora más tarde, con el corazón golpeándome el pecho sobre las intenciones del tal General, pero cansado de estar a salto de mata, cogí un impermeable para asistir a la convocatoria de quien no era otro que Luis García Meza, dictador de Bolivia desde el sangriento golpe de estado del 17 de julio, seis meses atrás.

Mi esposa Jenny se ofreció a acompañarme y lo acepté con secreta alegría:

- Me parece bien- fingí liviandad, - después de hablar con el General podremos ir a comprar los útiles escolares que necesitan los niños.

Aún con la incertidumbre como espina atravesada en el alma, lejos estaba de sospechar, pobre de mí, que nunca más volvería a casa y que a partir de aquel día mi destino cambiaría para siempre.

Camino a Palacio me puse a cavilar, porque hacía meses que me sentía perseguido. La misma empleada de la casa había afirmado que una vagoneta beige del Servicio de Seguridad del Estado, que el régimen utilizaba en la represión, había aparcado cerca de la casa montando guardia. Un día antes, cuando asistía a una reunión social en un céntrico hotel, me habían advertido que no volviera a casa porque agentes de seguridad me estaban esperando.

Ante aquella alarma, llamé por teléfono esa misma noche a quién creyera un amigo. Era el coronel Faustino Rico Toro, alto personero del régimen y asesor en asuntos de seguridad, una especie de ministro de la caza de brujas de la represión:

-¿Sabes algo en relación a una orden de detención contra mi persona?

-No sé de qué se trata, en éste momento me ha llamado mi General y estoy dirigiéndome hacia el despacho Presidencial.

-Quiero decirte, Tinino, que estoy en el Hotel Gloria y me puedes llamar aquí, que no tengo ningún motivo para esconderme.

Por precaución aquella noche me abstuve de volver a casa y pasé la noche en otro hotel. Durante algunos días no pasó nada y concurrí normalmente a mi oficina en la Cámara Nacional de Hotelería.

Heme aquí ahora -pensé- en curiosa comitiva con mi esposa y los dos guardias, camino al palacio presidencial en un taxi cuya carrera tendría que pagar. Subimos por la calle Ayacucho, donde varios turistas escalaban a pié la empinada vía en esta tortuosa ciudad de aire ralo y paisajes que te quitan el aliento, además. En el viejo edificio de la Plaza Murillo, nos invitaron a pasar al segundo piso, a una pequeña habitación donde empezó una larga espera.

Luego de casi tres horas, mi esposa tuvo que retornar a nuestro hogar, no sin antes indagar con los guardias que nos habían llevado hasta allí. Le dijeron que el Presidente estaba en el Beni, que estaba lloviendo mucho y que el avión presidencial no podía levantar vuelo. Jenny salió con la promesa de regresar rápidamente. No volvería a verla hasta medio año después, en Río de Janeiro.

Al salir mi esposa se había encontrado con el coronel Rico Toro, quien le comunicó que yo quedaría detenido en forma indefinida por orden del General García Meza. Mientras tanto, fui

---

invitado a pasar a la sala de edecanes, donde se me sirvió una comida bastante suculenta, aunque difícil me fue degustarla por la inquietud de no saber porqué estaba allí.

## **22 presos en 10 metros cuadrados**

Terminada la cena, fui trasladado a una casa de seguridad en la avenida 20 de Octubre, a pocas cuadras de mi residencia. La tal casa de seguridad, situada muy cerca de la Embajada de Chile, estaba casi en ruinas. Tenía unas escaleras que se caían a pedazos y en el segundo piso había una especie de oficina con pocos muebles, todos desvencijados.

A golpe de vista, advertí que había cuatro personas, dos de ellas sentadas frente a máquinas de escribir relativamente nuevas. En una pared había un plano de la ciudad y un título que me hizo sonreír: PLANO SECRETO. Eran las 9 de la noche, y noté que los ocupantes de la oficina y prisión estaban desconcertados y no atinaban a concederme un trato acorde al de un prisionero político.

El que parecía ser el jefe se adelantó a saludar cortés, pero firmemente. Recibió el encargo de mis captores y les firmó un recibo. Me hizo varias preguntas, datos de índole general. Ni una sola palabra acerca de la causa de mi detención. Había allí un sacerdote, o por lo menos uno al que los demás llamaban "padre". La única pregunta que atiné a formular fue:

-¿Qué hace aquí el vestido con sotana?

-Aquí trabaja-, me contestaron.

Terminado el interrogatorio me descendieron al sótano, y se me aposentó en una minúscula y maloliente habitación de cuatro camastros en litera, separados por un espacio de tres metros, un baño inmundado por la falta de agua, y otros dos presos. En la misma habitación descansaban cuatro guardianes o carceleros; visitantes entraban y salían. Ahí estuve cautivo, observando lo que ocurría a mi alrededor, algo inconsciente, quizá insensible, aún ajeno al drama que me esperaba.

Un agente que hacía de secretario me acompañó y me presentó como "el alojado", dejándome junto a los otros dos presos y los cuatro agentes que estaban apiñados en un espacio de no más de 10 metros cuadrados. Pronto se iniciaron las presentaciones. Uno de los detenidos había sido ex-candidato a diputado para la lista del MNRI de Siles Suazo por la provincia de Achacachi, de nombre Germán Condori; el otro era un profesor rural, ambos humildes ciudadanos de origen campesino.

La conversación se prolongó hasta las 12 de la noche, cuando se oyó un grito y salieron los agentes corriendo para buscar más detenidos. Entonces ocurrió algo increíble. Trajeron 22 presos y los embutieron allí, en esa celda donde ahora apenas podíamos caber de pie todos a la vez y sin movernos.

Muchos de los recién llegados estaban borrachos y hablaban con dificultad, y entre los detenidos había dos capitanes, clases y soldados: militares de la fuerza fluvial, mecánicos de aviación; otros eran funcionarios del gobierno en diferentes reparticiones. Eran infractores del toque de queda, la ley marcial vigente desde el 17 de julio de 1980, que prohibía la circulación de las personas por las calles de las ciudades después de las nueve de la noche.

Me impresionó lo que pasaba con éstos detenidos. Algunos de ellos se orinaban en sus pantalones y otros nerviosamente desfilaban por el único inodoro allí existente. Pude entonces entender una antigua expresión boliviana, cagarse de miedo, porque en efecto más de uno de los presos defecó en sus pantalones y en plena celda. Otros se contaban chistes de subido tono y reían nerviosamente.

Dos detenidos me reconocieron en el ambiente de penumbra y preguntaron si podían hacer algo por mí. Eran encarcelados que sabían que en pocas horas más saldrían en libertad, mientras que yo permanecería preso. Nada, fue mi respuesta, primero porque desconfiaba de cualquier extraño dadas las circunstancias y luego porque no deseaba comprometerles.

---

Esa noche fue un infierno. Hubieron peleas de puñetes y patadas, y golpes con los cachetes de los revólveres que más de uno llevaba, especialmente los marineros. Otros se pusieron a cantar en quechua y aymara. No alcancé a conciliar el sueño ni por diez minutos y la cabeza me dolía horriblemente.

Al día siguiente, para poner en libertad a los detenidos por el toque de queda les sonsacaron cien pesos de multa a cada uno; los que no tenían cédula de identidad debieron pagar ciento cincuenta. Quién no tenía dinero se quedaba para barrer las oficinas y limpiar los baños. A un campesino le pegaron con palos por no tener dinero para pagar la extorsión.

Uno de los guardianes me dijo:

-Señorcito, cuando usted salga libre quiero que me dé trabajo, dígame qué necesita, que yo puedo ir a su casa.

Aunque sabía que corría riesgo, le di la dirección de la casa y le pedí que me trajera algo de ropa, pasta dental, jaboncillo, toallas, etc. Más tarde supe por Jenny que, en efecto, el hombrecillo se presentó en mi hogar y pidió dinero que nunca me entregó, aunque sí los calcetines y la ropa interior. Por lo menos pude asearme un poco, aunque sin saber que estas pocas pertenencias serían las únicas que me llevaría al exilio días más tarde.

Amaneció y a las 9 de la mañana quedamos de nuevo los tres detenidos del día anterior. Los guardias más antiguos dijeron que en el tercer piso estaba la sala de torturas y el archivo. De allí el domingo pasado habían retirado materiales para ir a quemarlos al río. La mayoría de estos documentos eran cartas que decomisaban en los allanamientos, cartas censuradas por el personal de inteligencia del régimen, correspondencia violada por esta repartición represiva contraviniendo normas de Naciones Unidas que garantizan la libertad de comunicación y que honran los correos de todo el mundo.

Otra documentación quemada incluía folletería sobre los Derechos Humanos requisada en sindicatos, iglesias, sedes de partidos políticos, etc. Muchos libros saqueados del domicilio particular del Dr. Siles Suazo estaban allí en una gran fogata; alguno de sus amigos presos que fueron obligados a colaborar en el fuego criminal trataron de quedarse con algunos papeles, pero fueron revisados y ni una hoja de papel se salvó.

Me enteré por éstos locuaces agentes que algunas unidades del Ejército se negaban a salir de patrullaje por los calles de la ciudad. Arrestaban a los reacios y por esa razón traían tanta gente a éste sitio inmundo, ya que no había dónde llevarlos.

En las noches del sábado y el domingo, había mayor número de detenidos, más golpes, más borrachos. Campesinos a quienes se hacía sangrar para meterles miedo, se los trataba cruelmente. El domingo trajeron detenido a un joven homosexual al que pegaron abusivamente; se salvó de mayores ultrajes porque declaró ser el peluquero que atendía a la secretaria, Rosario Poggi, del Ministro del Interior.

## **Radiografía de los represores**

Desde que fui detenido no estuve solo ni un momento, pero mi mente trabajaba febrilmente en observar lo que pasaba a mi alrededor y sin perder detalle alguno, quizá una reacción inconsciente para distraerme de pensar en mi propio destino.

En Bolivia, como en la mayoría de los países latinoamericanos, los organismos de represión han tenido varios nombres y diversas estructuras, aunque su misión no ha cambiado, ni su constitución. Las características de estos servicios empiezan con una constante: la dependencia directa del poder central. A la cabeza se ubican las personas de mayor confianza de los tiranos de turno. En la base la gente más incapaz, más incondicional y la más pobre; en lo posible seres ignorantes, siempre dispuestos a obedecer ciegamente, sin preguntar nunca nada y que se contentaban con muy poco: comida abundante, si posible; bebidas alcohólicas, eso sí, como aliciente a su trabajo sucio, apareados con visitas a prostíbulos o la oportunidad de saciar sus

---

instintos bestiales con violaciones y hasta asesinatos de los detenidos.

La mayoría de estos agentes --algún membrete hay que darles-- se recluta entre la gente del hampa, los bajos fondos de la sociedad y los cuarteles. A los muchachos reclutados en los cuarteles les resulta práctico hacer de agentes, ganarse la vida, y hasta con un algo de altruismo, ya que lo tomaban como una continuación del servicio militar, o sea del servicio a la Patria. Como si por trabajar en la represión política se les concediera una oportunidad más en sus vidas secas, todos estaban esperanzados con el aliciente de que al término de sus gestiones les ofrecerían una chamba, quizá un empleo permanente en los organismos policiales, así hubieran tenido problemas anteriores de disciplina.

Algo más de una veintena de estos agentes se sucedían en el cuartucho que nos albergaba. Observé que entre los esbirros se llamaban por apodos o alias, igual que entre los guerrilleros o los delin-cuentes. Elaboré mentalmente una lista de los "agentes de seguridad".

Ahí estaba Chichi, gravemente enfermo de los nervios, alardeaba de haber matado unos cuantos detenidos políticos. Era zurdo, pendenciero y está siempre buscando una oportunidad para provocar camorra. O Miqui, quién tendría unos 17 años, enamorado de una hija de familia cuyo padre lo echó de su casa porque Miqui se puso a dis-parar en la calle luego de haber bebido demasiado. No dejaba de limpiar y relimpiar su arma, casi apuntando a la cabeza de los detenidos. Roberto, "el gordo", experimentado agente transferido del Departamento de Investigaciones, era el más considerado de ésta banda. Otros alias que recuerdo eran "Águila", "Chaly", "Costa", "Mateo", "Toño", "Escorpio", "Loco" y "Coco".

El "Archivero" era un sujeto especial que se encargaba de meter miedo a los compañeros de prisión:

-Deben cantar todo lo que saben, es mejor para que no les apliquen la picana, tortura eléctrica en los testículos. Los que no cantan la pasan muy mal y a mí me da mucha pena-, le decía el "Archivero" a Germán Condori, el más asustado de todos los presos.

-Ustedes pueden convertirse en informantes y entonces tendrán toda la ayuda del Jefe-, sentenciaba.

Algunos de éstos infelices habían participado en los crímenes de la calle Harrington de Sopocachi, tan sólo 20 días atrás. Irrumpieron en un departamento en que se reunía la dirigencia del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria, de Jaime Paz Zamora) y asesinaron a mansalva a nueve de ellos. Se rumoreaba que no todos los que murieron estaban allí, ya que antes habían dado muerte a dos detenidos, precisamente en la casa de seguridad donde me encontraba.

Otro agente a quien los demás guardias obligaban a bailar al son de la música de una grabadora era "Mandingo" un joven negro de 17 años. Otro era "Sombra," también de ascendencia africana, quien de 18 años llegara de Tupiza. Orgulloso, me contó que fue recomendado por el oficial Emilio Lanza, quién fuera su comandante en una unidad militar y le ofreciera trabajo:

-Soy muy buen tirador, era el mejor de la compañía en el manejo del fusil, repetía.

Otro agente, un cambita que parecía arrepentido de hacer lo que hacía, me contó:

-Yo era un buen ranger --soldado de élite-, pero me peleé con mi padre y como no tengo ningún oficio me metí a ésto. Le confieso que estoy desesperado por cambiar de oficio, este quehacer es muy riesgoso y no hay ninguna garantía-, aseguraba.

Bajando la voz, acotaba:

- Los agentes desaparecen, después de tres meses les dan de alta.

Lo que en verdad ocurría era que tenían que desaparecer los agentes, como testigos comprometedores, autores, o implicados en los crímenes políticos o en las torturas infringidas a los detenidos. Pobres infelices, eran la punta de lanza de un sistema represivo del que tenían que ser borrados con carácter preventivo, testigos que eran de crímenes. La historia estaba demasiado llena de ejemplos en que los que cumplían simplemente órdenes, pudieran luego

---

revelar detalles que condujeran al esclarecimiento y lo que es más, al castigo de los culpables de estos denominados "crímenes políticos".

Casualmente yo estaba enterado de que esta forma de actuar la aprendieron de una especie de "Manual para matar" que les inculcaron técnicos militares argentinos a los oficiales de inteligencia bolivianos. Me lo había contado un coronel Canido, de cuya boca escuché que en junio de 1980 tuvieron un cursillo los oficiales de G-2 en el Hotel Los Tajibos de Santa Cruz de la Sierra, parte de la siniestra cooperación de los militares sudamericanos en lo que luego se develaría como el Plan Cóndor.

Estos jóvenes -pensaba intensamente- no tienen más destino que obedecer. Si no lo hacían, eran castigados en el Departamento de Orden Político o finalmente los liquidaban sin problema alguno. Eran víctimas desgraciadas del propio sistema de represión al que servían. Uniformados de chaquetas y pantalones de mezclilla azul, la vida se les hacía regalona y se morían de aburrimiento. No hacían nada productivo, su misión era salir a las calles, tomar presos y luego acosarlos y torturarlos.

Como en el caso de Pablo Flores, maestro campesino y mi segundo compañero de celda en éste encierro, cuyo delito fue estar parado frente a una librería luego de haber comprado algo, mostrando que tenía dinero. El agente le culpó de pretender repartir propaganda udepista (el frente político de Siles Suazo) que el propio esbirro colocó frente a él con la foto de don Hernán:

-Es un panfletista-, lo acusó, y lo metió en la cárcel sin más ni más.

Pablo me contó que el tal agente le arrebató todo el dinero que por ser maestro de escuela había cobrado por el mes, dos mil cuatrocientos bolivianos. Un verdadero robo en nombre de la Seguridad del Estado.

Por ésta vía me enteré de que los responsables de éstos turnos de servicio era los oficiales del Ejército Helguero y Freddy Quiroga, mientras que el jefe de la represión era el mayor Quiroga. Todos habían sido reincorporados a la institución armada, luego de haber sido dados de baja por problemas de disciplina en el pasado.

Muy temprano el lunes 10 de febrero, fui llevado junto a mis dos compañeros de infortunio a una nueva cárcel, esta vez en la calle Comercio, a pocos metros del Palacio Presidencial.

Apenas llegamos recordé que anteriormente ya había estado detenido en éste mismo lugar, donde me tuvieron incomunicado 26 días. Fue durante el gobierno del General Hugo Bánzer, pocos días después de la masacre de Tolata, luego de ser conducido en avión desde Cochabamba a La Paz.

Pero esta vez fuimos escoltados por hombres armados de metralletas que nos apuntaban todo el tiempo. Nos embutieron en ambulancias convertidas en carros de detención. De color blanco originalmente, las habían pintado de beige quizá sintiendo vergüenza de mantener el color de la inocencia y de la caridad asistencial. Los vehículos estaban preparados para el servicio público, donación de algún gobierno exterior para los hospitales, pero Luis Arze Gómez, el tenebroso Ministro del Interior de García Meza, les había dado este truculento destino. Nuestro discurrir por las calles de La Paz se hizo con la fanfarria del ulular de sirenas, lo que hacía que mucha gente se detuviera a mirar el siniestro cortejo.

## **Fetidez, arengas y soliloquios**

Al ingresar me preguntaron mi nombre, recordé luego que respondí en voz alta, buscando que alguna persona amiga pudiera oírme. En el interior de la prisión, fuimos internados en una celda bastante grande en un tercer patio, cuya fetidez nos provocó dolores de cabeza inmediatamente: los orines cubrían la celda de pared a pared, el aire era irrespirable.

Nuestra prisión estaba ubicada en la parte posterior del Palacio Legislativo, en lo que antaño habían sido las caballerizas de los coches de senadores y diputados. Ironía el que al lado del

---

templo de la democracia estuviera la prisión para castigar a los demócratas.

Al día siguiente pudimos el trío de cautivos echarle bastante agua a nuestra celda y limpiarla, aunque el olor no alcanzó a desaparecer. Al habitáculo no le entraba un sólo rayo de sol, era totalmente hermético cuando se cerraba su pesada puerta metálica.

La comida era mala, aunque podía ser peor. Con cierta regularidad, en el mejor estilo de la costumbre andina de cuatro yantares livianos, seguramente porque tal era la comida de la tropa, el desayuno se servía a las 9:00, el almuerzo a las 14:00, el té a las 17:00 y la cena a las 20:30.

Tres largos días con sus interminables noches se sucedieron allí en la calle Comercio. No permitían una sola visita, aunque pude enterarme de que mis hijos Arturo y Mauricio habían tratado de verme, aproximándose varias veces sin éxito a la puerta de entrada.

Después de que mis compañeros campesinos Germán Condori y Pablo Flores fueran llamados a declarar y retornaran al borde de la histeria, pasé largas horas levantando la moral de esos compañeros que habían entrado en una gran depresión y se ponían a llorar y temblar de desesperación. Empeñado en racionalizar nuestra angustiada incertidumbre, les arengaba de que el pretendido nacionalismo de los militares golpistas era una mentira.

-No hay tal-, afirmaba enfáticamente ante mis compañeros, -los militares quieren el poder total.

Todo financiado desde Hong Kong, la China Nacionalista había ayudado con dineros para el golpe de García Meza. Doce días antes del golpe, pude enterarme del ingreso de apreciables sumas de dinero en las cuentas bancarias de los militares con mando de tropa. El que menos, recibió cinco mil dólares americanos, aunque en moneda nacional.

Taiwan buscaba apoyo y prestigio a su casi extinguida existencia como república. Su causa ante el mundo estaba perdida, aunque no lo querían aceptar. Pretendía el apoyo de países como Bolivia en los foros internacionales, aparte de sumar votos en los organismos de Naciones Unidas, para no quedar completamente huérfana ante la arremetida diplomática de la República Popular China para lograr su reconocimiento de ser la única China.

-Los golpistas son pobres de ideas, no tienen ninguna doctrina, han buscado el poder por el poder mismo, sin ningún programa de gobierno, menos queriendo desarrollar las potencialidades del país en provecho de la población o para mejorar el estándar de vida de los bolivianos.

-Miren el caso de García Meza-, les explicaba a Germán y a Pablo, tratando de ser convincente allí en la umbría y húmeda celda.

-Se aprovecha de sus amigos militares en Argentina para secundar una línea abiertamente derechista y reaccionaria, pro-estadounidense de dientes para afuera. Se apoya en una Argentina que quiere arrebatar a Chile los territorios del Beagle y quizá ayudar a Bolivia a recuperar su costa en el Océano Pacífico.

-No podrán durar-, les remarcaba, -porque García Meza habla de establecer en el país una "democracia inédita". Esto quiere decir participar abiertamente del gran negocio de la cocaína, sin ningún rubor. Asociarse con los contrabandistas de la riqueza maderera que sale por los ríos del Beni. Subvencionar a los productores de algodón y de azúcar para que se venda a precios por debajo de los valores internacionales. Recibir comisiones por las compras de armamento, como aquella en la que el dictador pretendía la adquisición de aviones franceses de combate.

-Todo le vale para lograr su ascenso al grado de General de tres estrellas, ya que otros méritos no tiene. Si hasta sus propios camaradas le han puesto del mote de "maestro albañil" por su característica torpeza y ordinariez.

Soltábamos la carcajada y la tensión disminuía.

-Ustedes-, les estimulaba, -no tienen nada qué temer. Este régimen represivo ha de pasar rápidamente, lo importante es no renunciar a las ideas propias y a la vocación democrática,

---

que no es otra cosa que el reconocimiento de la capacidad del hombre para elegir su propio destino, haciendo uso de su derecho al voto, a su propia opinión.

Matizábamos así la angustia común en la obscura prisión. Después cada uno se retraía a rumiar su monólogo interior. A repetirse, una y otra vez, que nada había que temer, que los golpistas no tenían la razón, que iban contra la historia. Día había de llegar en que llorarían lágrimas de arrepentimiento por haber causado tan graves heridas a la patria. Luego, en espiral depresiva, cavilar que aún si nos llegara la muerte, ésta sería una liberación. Después, la angustia por los que quedaban atrás, por nuestros seres queridos. Finalmente, en soliloquios mudos de ojos anegados en lágrimas, con el fuego de alguna pizca de fe avivado por la brisa caliente de la desesperanza, musitar un acto de contrición y refugiarnos en Dios.

## **Entre amigos pilatunos y buenos samaritanos**

El 12 de febrero de 1981 amaneció soleado. Temprano había rezado una corta oración:

-Señor, te agradezco por éste día. Por éste sol, que no me llega, pero que esta ahí para ricos y pobres. Dame fortaleza, dame fe, Señor.

Apenas había terminado el magro café paceño, cuando siendo las 9:15 A.M. fui ordenado de salir de la celda con todas mis cosas. Tomé mi bolso, el impermeable blanco y las dos frazadas. Tenía la camisa recién lavada, que por la noche había estado secando. Para qué, si haciendo frío en celda empecé a sudar de temor e incertidumbre.

Al salir de la prisión en medio de otros dos agentes armados de metralletas, vi de nuevo la vagoneta café. Me colocaron en el asiento trasero. No me di cuenta hacia dónde enfilaba el vehículo hasta después de unos minutos me pareció que subía hacia El Alto, a la zona del aeropuerto. Por algún motivo el vehículo se detuvo y entonces conversé con el chofer y un guardia.

-¿Adónde vamos?

-Usted volará a Santa Cruz, responden.

-Por favor, lleven éstas frazadas a mi esposa.

Los agentes recibieron felices las frazadas nuevas, que nunca entre-garían a la destinataria. Pero me ofrecieron cigarrillos y en aquel momento desvalido me conmovió el gesto de mis carceleros.

La mente me revoloteaba recordando multitud de detalles, atando cabos sobre la causa de mi detención y posterior prisión. En realidad, despejada la posibilidad, real aquellos días, de acabar con mis huesos en alguna tumba anónima de paraje desconocido, estaba preparado desde hacía mucho para el exilio. Preparado espiritualmente. Un hombre que lucha, aunque preso, puede ver claramente que los ideales se sobrepone a toda dimensión material, se aprecia la convicción por encima de todo, aunque ciertas consecuencias políticas puedan repercutir de manera insólita en la vida del más humilde de los ciudadanos.

Durante el tiempo que la vagoneta café se había detenido camino al aeropuerto, apareció el jefe del Departamento de Orden Político (DOP), quien se embarcó también para aprovechar una primera etapa del viaje de La Paz a Santa Cruz:

-Yo le conozco, don Mauricio, fui jefe del Departamento de Investigación Criminal (DIC) en Cochabamba, me llamo Julio Gómez-, se me presentó, -aquí tiene su pasaporte, lamento lo que le pasa.

Dicho esto me pasó un sobre con los billetes de avión, que a su vez los había recibido de Vicky Calderón, una antigua funcionaria del Lloyd Aéreo Boliviano, a quién reconocí al pie del enorme avión que se disponía a partir.

Guardé mis papeles sin leerlos hasta que estuve bien sentado en la nave. A punto de levantar vuelo, durante los minutos del carreteo, leí, destino: Buenos Aires, pasaje de ida. Respiré aliviado, al menos me conservaban la vida. El vuelo a Santa Cruz fue emotivo porque, entre

---

otros conocidos, encontré a la esposa de un coronel de policía amigo, quien se ubicó en el asiento trasero:

-Chepita-, le dije, -me están sacando de Bolivia. Me están desterrando. El señor que está conmigo es un policía. Avísale a mi mujer, dile que me deportan a Buenos Aires. Si tienes dinero, pásame lo que puedas.

Chepita me dio cincuenta dólares. El propio agente me entregó otros cincuenta, y me dijo:

-Qué lástima que no pueda darle más. Yo estoy cansado de este trabajo, recomiéndeme a sus amigos, a ver si pueden darme algo mejor. En Santa Cruz, podrá usar el teléfono, podrá usted llamar a quién quiera, con toda libertad.

La estancia en el aeropuerto cruceño fue breve, no más de 30 minutos. No dio tiempo para llamar a nadie, solo un intento de ubicar a Juan Carlos Camacho, abogado y locutor de radio, amigo de siempre y que al parecer gozaba de influencia en los círculos castrenses, por ser amigo personal de generales y coroneles, y en aquel momento Asesor Legal del Segundo Cuerpo de Ejército en Santa Cruz.

Traté de cambiar moneda, allí en pleno camino del exilio, trocar los pocos pesos bolivianos que me quedaban a moneda estadounidense. Divisé de pronto al empresario Ricardo Rojas, del hotel Los Tajibos. Conversé con él unos minutos asuntos de su trabajo:

-Ricardo, no tengo plata y no puedo viajar así, préstame algo de dinero.

Me respondió que no tenía a la mano, que trataría de ir hasta el hotel y conseguirlo, a menos de quince minutos del aeropuerto de El Trompillo. Insistí:

-Por favor, Ricardo, habla con Carlos Calvo, (Calvo era Presidente de la Federación de Empresarios Privados y socio de Rojas), que llame al Presidente, él puede pedirle que me deje regresar pronto.

Ricardo prometió:

-Claro que lo haré, no te preocupes.

De nuevo en el avión, un vuelo de casi tres horas hasta el aeropuerto de Buenos Aires. Gracias a Dios, encontré a un amigo de la infancia, Jorge Dueri. Amigo de esos de quien se escribe su nombre con letras de molde, habida cuenta de la nobleza, la bondad y señorío que mostró ante el drama que su amigo estaba viviendo con su detención, expulsión y exilio. Me dejó whisky, cigarrillos y dinero que hicieron menos penoso por algunos días éste castigo.

Castigo debe ser -pensaba- por el delito de amar a Bolivia, por buscar el entendimiento entre los bolivianos. Por pregonar que el problema nacional no lo resolvería sólo un sector, los armados de uniforme, sino por el conjunto de ciudadanos que integran la gran comunidad boliviana.

## **Saudades de Bolivia**

*Encontré a mi padre tecleando la máquina de escribir en la esquina que mi madre había separado para su escritorio en el pequeño departamento. En desordenado (para nosotros) orden, como en un altar shintoísta, se amontonaban hojas mecanografiadas, recortes de periódicos recibidos de Bolivia, una media docena de libretas empastadas con espirales de alambre con los apuntes que el viejo atesoraba y le habíamos traído desde Bolivia, un par de marcos con fotos de familia y de amigos de la patria lejana, y la radio.*

*Bendita radio de onda corta con la que se mantenía al tanto de los noticieros bolivianos y latinoamericanos. Maldita radio de ondas que iban y venían, de llorones huayños y saltarinas cuecas interrumpidas por el locutor y la estática, de que tanto disfrutaba el viejo.*

*Llegando de la universidad me había aproximado casi surrepticiamente cuando escuchaba la radio, queriendo asustarle con un abrazo de oso menor a sus amplias espaldas de oso mayor. Al verle el rostro percibí sus ojos llenos de lágrimas. Paré en seco deseando evitarle el bochorno de mostrarse en su llanto solitario de hombre, pero ya había girado la cabeza hacia*

---

mí.

-¿Qué pasa, papito?

-Nada hijito, solo me sangra el alma de nostalgia- me respondió mientras sacaba el pañuelo del bolsillo.

-¿Vale tantas lágrimas ese país de mierda?- quise preguntarle, pero solo atiné a palmear su hombro cuando deseaba arrebujar su rostro en mi pecho.

Ahora soy yo quien llora cuando escucho a Freddy Mercury y Queen cantar Radio Ga-Ga y la parte donde pregona: radio, what's new, someone still loves you... y me acuerdo de mi viejo.

Ronneby, Suecia enero de 1982, Arturo Aira al cumplir 15 años.